Solo un hombre y el mar

Solo un hombre y el mar habían ceñido con sus manos la cintura de Cristina. Era una cintura frágil, entonces, con la gracia flexible del batro. Solo un hombre y el mar sabían de la piel suave de Cristina. Solo ellos, y quizá el viento, y quizá también —a veces— la arena en las dunas, habían sentido el roce de su emoción íntima, de la animalidad delicada que por momentos recorría sus venas. O la aérea emoción de una garza, de una hoja, que nunca se transmite si no es en el tacto: la carne que toca a la carne, el corazón que late junto a un corazón, la boca que respira vecina a otra boca. Los ojos que encuentran al otro par de ojos.

La boca de Cristina era pálida, entonces; un arabesco armonioso. Sus labios parecían hechos para hablar en voz baja, con tema impalpable (el vuelo de las nubes, un sueño, un recuerdo). Labios hechos para decir *niebla*, o *abril*. Para pronunciar *estero, mañana, esperanza*. Era una boca de niña, de sabor antiguo. Podría haber besado una piedra en Sigüenza, o bebido agua viva a la orilla del Maule, y quizá si aguardaba algún beso etéreo salido de un cuento; el beso viajero de un viajero recio, cubierto de polvo, en cuya mirada chispeara un asomo de amor.

Y después seguiría de largo el viajero, mirando hacia atrás. Mirando a los ojos graves, intensos con que miraría Cristina las huellas que él iría dejando; la estampa, la ausencia del hombre. Ojos graves y grandes, de expresión vital; de pupilas negras, capaces de hablar sin palabras y decir aquello de que ninguna palabra es capaz.

Su cabello era negro, igualmente; y delgado, y liso, y tan suave. Cuando lo movía un soplo de aire, el cabello de Cristina fingía

013-046 solo un hombre 24/10/05 8:34 AM Page 39

una oscura ola mansa. Y era una ola fuerte cuando lo hacía flamear el viento marino, húmedo de espuma y de esa agua hecha añicos. Parecía un canto el cabello. Un poema.

Subían hasta él las manos de Cristina, alargadas, doradas de sol. Serían o no serían bellas, ¿quién iba a saberlo? Eran suyas. Tenían el estilo, la libre soltura de sus movimientos.

Tal vez la suya nunca fue una hermosura perfecta. Tal vez existan mujeres armoniosas o discordantes nada más, y Cristina era armoniosa. Su cuerpo hacía pensar en música: aquella que, si cupiera el sonido en los cuadros, podría embalsamar el aire en una escena de Botticelli o un paisaje de El Greco. La música fantasma que escuchan ciertas estatuas de Maillol: inescuchable; adivinable apenas.

No cualquiera se hubiera vuelto a mirar a Cristina. Para muchos, su gracia sería inhallable; como un acorde que captan escasos oídos. Igual que todo ser humano, Cristina era una espera. Un estar incompleta, aguardando sin saber que aguardaba.

Solo un hombre lo supo.

Solo un hombre y el mar.

(Quizá el viento también, y las dunas).

Solo un hombre, una vez, la acercó a su cuerpo y logró adivinar la música que enmudecía en ella. Solo un hombre pronunció en sus oídos esas palabras que siempre son las mismas y jamás serán las mismas. *Te quiero. Soy feliz*. *No te vayas.* Las mismas en boca del gañán y el poeta, del hipócrita y el leal, del adolescente y el varón maduro.

Las mismas, y aun así, singularmente suyas.

Ni el poeta ni el gañán podrían decir nada más grande o más bello que las simples palabras *Te quiero*; ni podrían decirlo mejor, ni distinto. El sentido varía del mí al ti, al él. Cuando yo digo *Te quiero* y tú dices *Te quiero* y aquel dice *Te quiero*, hablamos un idioma privado. En ese idioma, *Te quiero* es un secreto que un solo ser entiende: el otro uno de cada uno.

Para Cristina se había hecho un idioma así, muy suyo, que nadie más sabía, salvo un único ser igual que ella. Igual que todos los ellos y las ellas del mundo, cuando los tocan la gracia, el amor, el misterio.

Un día él llegó a San Millán. Se vieron y empezaron a amarse desde el primer encuentro. Sin esperar: no había qué esperar. ¿Qué espera cabe cuando a la armonía interna de uno responde la del otro? ¿Cuando ninguno es de veras otro para el otro?

013-046 solo un hombre 24/10/05 8:34 AM Page 40

Sucedió en la plaza, sin poesía exterior.

Cristina no traía flores, sino una bolsa con huevos. Ni vestía de blanco, sino una falda gris y una blusa roja, y el cabello no al viento: recogido detrás con una cinta breve. La plaza estaba casi desierta. Nunca supieron si cantaba algún pájaro. Él caminaba hacia acá y ella hacia allá. En un momento él se detuvo, como intuyendo la magia que vendría entre ambos.

—Buenas tardes —le habló.

—Buenas tardes —sin demostrar sorpresa.

Luego, porque eran reales, porque esto era el mundo, él se apoyó en un pretexto:

—Por favor, ¿cuál es el camino a Castuera?

Ella mostró la calle principal:

—Por ahí, hasta salir del pueblo.

Le oyó dar las gracias; luego lo vio irse andando, lento, con su pequeña maleta en la mano. Lento, reacio: medio quedándose al partir. Lo siguió con la vista, y aunque él no se dio vuelta ella sintió que sentía en la piel su mirada. De ese modo se supieron poco a poco los dos.

Mientras se alejaba, él tuvo la certeza de volver a encontrarla y de que llegarían a amarse. Sería suya la mirada de esta muchacha aún sin nombre. Su pelo le resbalaría entre los dedos otra tarde, otras tardes, a la orilla del mar, en Castuera. Volverían a hablarse sin necesitar pretextos. Se dirían cosas que nadie se dice y muy pocos piensan (de esas que los retraídos apilan como en un desván). No es que sean confidencias. Las velan con recato, quizá con temor. Aguardan un día en que llegue o parezca llegar la persona.

Entonces las dejan caer en su oído, disfrutan la entrega; es bueno que les cueste: valora el regalo.

Ese día Cristina siguió hasta su casa, con la bolsa de huevos y la falda gris y la piel dorada y los ojos negros y el cabello suave. Pensaba. O más bien no pensaba: su mente permanecía inmóvil en algún lugar del pensamiento. Flotaba, dejándose llevar y a la vez siendo libre, tan libre, tan deliciosamente libre. Con algo de pensamiento y sueño, una inquietud amable recorría su cuerpo.

A la mañana siguiente tomó el camino a Castuera.

Se imaginó que partía en busca del rastro de los pies del hombre. Quería mirar con los ojos de él.

Con el asombro de él, conoció recién aquello que ya conocía de siempre: los pinos, el agua del río, el valle despertando entre

013-046 solo un hombre 24/10/05 8:34 AM Page 41

el vapor húmedo que subía del suelo. ¿Así habría visto él aquello por primera vez? Arriba, al llegar a la cumbre del cerro, ¿sentiría el viento, salado de mar, revolver su pelo mientras descubría la playa, las olas, las casas del pueblo?

Todo eso que era tan de ella, él lo conocía ahora, como una confidencia que ella, Cristina, le hubiera entregado.

Él. ¿Quién sería él?

No lo buscó aquel día.

Tampoco decidió no buscarlo.

Sin prisa recorrió las dunas. Se quitó los zapatos para disfrutar la arena: aún fría de la noche, pero no importaba. Al rato se sentó en un montículo. Esperó sin urgencia bajo ese sol nuevo.

Muy naturalmente, en algún momento lo vio aparecer por el lado del mar. No acudió a pretextos para instalarse junto a ella. Tampoco hizo falta que se saludaran. Estaban ahí. Con una sensación eléctrica, tensa, exquisita, los ojos fueron entrando en los ojos, del modo en que uno abre una larga sucesión de puertas. Cruzaban por ellas saboreando el vértigo de llegar a espacios más y más íntimos.

De pronto fue lógico que una mano buscara y hallara otra mano, que una boca buscara y hallara otra boca.

Siempre sin hablar, los dos. Siempre con miedo de que algo estropeara el silencio. Sin hablar, él la acompañó más tarde hasta lo alto del camino desde donde se ve San Millán a un lado, al otro Castuera. Cristina desprendió su cintura del abrazo de él.

—Volveré mañana —anunció.

—¿No esta tarde?

Ella sonrió, nada más.

—¿Qué haré, si no vienes?

—Mañana —repitió ella.

—¿Puedo ir yo a San Mi...?

—Mañana.

Y sin más se fue, y él no volvió a insistir, por respeto al silencio, que ya era su forma de comunicarse. Ella partió ladera abajo pensando, sintiendo, pensando-sintiendo que este hombre la amaba y ella a él, aunque apenas ayer ninguno de los dos sabía que existiera el otro.

Todo esto inquietaba a Cristina. Una alegría fresca, recién nacida, recorría su cuerpo. Una turbación aérea le impedía dormir.

Casi sin sentirlo, se le llenó el mundo de criaturas nuevas:

013-046 solo un hombre 24/10/05 8:34 AM Page 42

descubrió a los pájaros que siempre veía, a los perros usuales, los niños del barrio. Eran diferentes. Los venía hallando; igual que la gracia del agua, y del viento en las hojas, de ese humo que a veces se duerme en el aire. Nacían para ella, ¿cómo podía ser? Nada era como era. No había cosas tristes, ni feas. Parecían estar bajo un sol diverso, muy suave.

Qué asombro.

Ella había nacido aquí y aquí se crió, respirando la atmósfera de unos cuartos grises, o del campo libre y el mar. Brasero en invierno, voces apacibles, problemas menudos. Una ruta estable a la que en algún momento llegaría el amor. No lo imaginaba tan próximo a un cuento de hadas. No lo soñó nunca tan inexplicable, tan inesperado. Tuvo la impresión de que ahora entraba en un mundo nuevo: todo la maravillaba.

Por ver si podía convencerse, *Soy yo*, repetía, *soy yo*.

En el cuento de hadas no hacía falta hablar sobre temas concretos. Se veían. Se entendían. No trazaban planes. Nada que los amarrara con la vida real. Bastaba ser reales los dos. Irrealmente reales, y libres. Fueron cultivando una lógica ilógica que era como el rostro de esa libertad.

—A veces —decía él—, estoy solo en la playa y me tiendo de espaldas. Miro al cielo. Me gusta. Parece que no fuera yo el que lo mira. Miro igual que una piedra o un árbol. Echo raíces. Creo que mis ojos son dos charcos, y ver las nubes solo es reflejarlas.

Cristina se extrañaba de no hallar extraño esto que ocurría. Era como estar en un clima grato, y querer acogerlo sin preguntar nada: ni saber, ni entender. Un miedo de instinto le hacía evitar las explicaciones. Bastaba el hechizo. Nunca deseó averiguar de dónde venía él ni quién era. Eso iba a llegar, de la misma forma en que todo sucedía entre ambos. Desde que empezaron a juntarse y amarse, jamás pudo dejar de sentir que era ella y era otra.

¿Sería así ser feliz?

Un día, Cristina vio que a la otra que era ella —a la Cristina que ella veía vivir todo aquello— él le desabrochaba la blusa. Dejó al descubierto sus pechos. Le sorprendió sentir la tibieza del sol entibiando su piel. Cuando él la besó no tuvo vergüenza, ni miedo. No era ella (y era ella).

—Te quiero —dijo él.

—Sí.

No volvió a hacer lo mismo, pero ella guardaba el recuerdo.

013-046 solo un hombre 24/10/05 8:34 AM Page 43

En su memoria y su piel persistía la caricia de las manos y los labios del hombre. Y por dentro, el cosquilleo feliz de que él hubiera visto su torso desnudo. De habérselo dado ella a él, al dejar que la viera. A ratos, Cristina llegaba a pensar que no ocurrió de veras aquello. Bien pudo soñarlo en uno de esos momentos en que cerraba los ojos y parecía morir. Para qué razonar, sin embargo. Qué objeto tendría saber si fue cierto. O en qué consistía lo cierto.

Cuando dos seres se aman, ¿dónde está la verdad?

Hay quien cree que la magia no existe. No es eso: es secreta y le cuesta vivir.

Él era extraño a ratos, más allá de su elemental modo de amar y su inartificio. No solo decía cosas inconexas: parecía salirse de sí; o quizá huir demasiado adentro de sí. Cristina lo veía alejarse, ausentarse, padecer de angustias. Muchas veces tuvo la impresión de que se debatía frente a un límite. Sin comprenderlo, experimentaba el vértigo de él.

Un día, otro día, otro día: cada día más. Qué ganas de sujetarlo antes de que...

¿De qué?

Escabullía la pregunta desesperadamente.

Una noche, a punto de dormirse, lo sintió llegar a su casa. Tan raro saberlo en San Millán: él formaba parte de la realidad irreal de Castuera. ¿Qué haría acá en el mundo?

—¡Cristina! —repetía desde la acera.

Ella nunca supo si gritaba su nombre con dolor o con rabia. Cristina, Cristina. Se asomó a la puerta. Él no alcanzó a verla. Había empezado a retorcerse, subía y bajaba los brazos. Luego se echó al suelo espumando por la boca. Aullaba, golpeaba sus puños contra el empedrado.

—Cristina, Cristina, Cristina.

Cristina dio unos pasos para ir a ayudarle. Pero asomó gente a la calle.

—¿Qué pasa?

—Parece que un loco...

—Habría que avisar a la policía.

Vino un policía, muy serio.

—Sufre de epilepsia —trató de explicarle Cristina.

—Pediré un doctor.

Un pequeño grupo los siguió por un trecho.

El padre de Cristina se indignó con aquel intruso. No eran

013-046 solo un hombre 24/10/05 8:34 AM Page 44

horas —miraba el reloj—; las personas tienen derecho al descanso. Su hija lo veía irreal. Menos real que ella y él navegando en el aire, en los sueños.

Le costó averiguar qué ocurrió en la comisaría; en el hospital después. Un médico lo había examinado esa misma noche. Meneó la cabeza; sugirió un siquiatra. Alguien había visto al loco en Castuera, sí: en la hostería. Hablaban del loco. Fueron a abrir su maleta para ver quién era, qué datos...

Venía de Santiago, supieron. Se avisó a la familia. Un señor decente viajó a recobrarlo. Era un abogado y traía papeles. Les daba las gracias. Con cierta vergüenza explicó que el joven sufría un trastorno sin vuelta. Se preocupaba mucho de aclarar que él era pariente, lo enviaban los padres...

—Sí, se arrancó del sanatorio. Tiene que volver.

Pedazos de la historia comenzaron a asomar, en rumores. «El loco por algo gritaba su nombre». No se lo decían a ella, pero ella adivinaba, o entreoía al pasar.

Transcurrieron días, semanas.

Cristina fue viéndose libre de las miradas de reojo, la conversación desviada.

No de los recuerdos. Cada vez que podía caminaba hasta Castuera, creyendo sin creer que iba a verlo asomar detrás de las dunas o desde la playa. Aquel era su mundo, aun sin la presencia que lo había creado. En el otro mundo, el de fuera, transcurría el tiempo.

Semanas, meses, años. Un año, dos años. Cinco. Cristina iba siempre a los mismos lugares. Una mañana amaneció cansada: miró desde el Alto, se quedó ahí cuanto pudo cumpliendo su rito, volvió.

Transcurría el tiempo. Ella se dio cuenta de que él no podía venir. Alguien le contó que él había vuelto a fugarse en Santiago. *Ojalá que venga*, alcanzó a desear. Lo esperó con miedo, con su mano puesta en un botón de la blusa.

El tiempo es una lima.

Limó su esperanza, le aguzó el temor. No hallaría qué hacer si él...

Un día pensó: *Qué bonito fue*. ¿Bonito?, se extrañó ella misma. Pobre, la palabra. Transcurría el tiempo, la lima. Le borraba imágenes. Trató de recordar de qué era que hablaban: qué nadas donde cabía todo. Su rostro, cómo era. Sus gestos. No olvidaba el

013-046 solo un hombre 24/10/05 8:34 AM Page 45

vértigo de sentir sus ojos en los ojos de ella: no lo olvidaba, pero ya no lograba sentirlo. Caminaba sola, queriendo...

¿Qué podía querer? ¿Quererlo de vuelta?

Transcurría el tiempo.

En la vida de Cristina, nunca más hubo magia. Solo un hombre y el mar habían ceñido su cintura, habían tocado su piel y sus labios. Solo el mar la acarició muchas veces con su roce frío. Solo él, una vez, deslizó por sus senos unos dedos tímidos, casi religiosos. A veces, a ratos, aún lograba experimentar el eco de aquella experiencia.

Solo un hombre, y el mar, solo el viento salino en su pelo...

El tiempo es una lima. Olvidaba detalles. Se difuminaban. A veces quería recobrarlos. Cada vez más se resignaba a perder algunos.

Una lima, el tiempo.

La gente más joven del pueblo no sabía de la vaga leyenda del loco.

—¿Un loco?

—Sí, cuando era joven.

Hacían un esfuerzo para verla joven. ¿Ella, Cristina, la señorita Cristina?

Costaba creerlo.